

ZAMORA BONILLA, Jesús: *Sacando consecuencias. Una filosofía para el siglo XXI*, Tecnos, Madrid, 2017, 227p.

*Sacando consecuencias* es una obra en la que su autor nos invita a repensar unos cuantos problemas surgidos a lo largo de toda la tradición filosófica, problemas que han cristalizado dando lugar a algunas de las preguntas más conocidas dentro de la historia de la filosofía: ¿qué es el ser humano?, ¿bajo qué criterios podemos afirmar la existencia de algo?, ¿cuál debe ser el modo de pensar con respecto a Dios?, ¿qué relación tiene la mente con el cerebro?, ¿cómo podemos dar cuenta de los fenómenos sociales?. Con un lenguaje que consigue conjugar la claridad con la rigurosidad y la sencillez con la precisión, esta obra pretende responder estas y otras muchas preguntas, de una forma accesible tanto para los profesionales dentro del ejercicio filosófico como para los no iniciados. El volumen se divide en seis capítulos cada uno de los cuales, de forma individual o de manera conjunta con algún capítulo colindante, se ocupa de las distintas áreas temáticas en las que se inscriben las preguntas aquí citadas. A modo de prolegómenos, cada capítulo está precedido de una pequeña pieza literaria en la que se encuentran algunas de las notas centrales que se abordarán posteriormente.

En el primer capítulo y en el segundo, el autor articula y desarrolla un conjunto de tesis del que luego echará mano de forma eventual en capítulos posteriores. De entre esas tesis, la fundamental es la siguiente: lo que diferencia a los seres vivos del resto de los entes materiales que existen en el universo es que los primeros tienen la capacidad de sacar consecuencias, mientras que los segundos no. De una forma simplificada un sujeto saca consecuencias cuando, a partir de ciertos estímulos que se le presentan en su entorno, es capaz de generar respuestas apropiadas a los mismos, respuestas que contribuyan a incrementar las posibilidades de supervivencia

---

Recibido: 22/03/2018. Aceptado: 23/03/2018.

de ese sujeto en su entorno. Según esta definición, todos los organismos vivos —desde las bacterias hasta los mamíferos más complejos— tienen la capacidad de sacar consecuencias en la medida en que son capaces de establecer relaciones con su entorno. Lo que sucede es que los seres más complejos, además de poseer esta primitiva capacidad de responder a estímulos, poseen habilidades mucho más sofisticadas, como por ejemplo la de llevar a cabo complejos procesos inferenciales o la de atribuir significado a las expresiones mediante la capacidad de usar un lenguaje. Sin embargo, todos estos fenómenos no son ajenos al proceso de sacar consecuencias, ya que se pueden explicar, según nuestro autor, apelando a esta capacidad de la que únicamente los seres vivos somos poseedores. Esto es así porque para nuestro autor, mediante el acto continuado de sacar consecuencias, se generan las normas inferenciales que rigen nuestros razonamientos y nuestro uso del lenguaje. Las multiplicidades formadas por la interconexión de unas normas con otras reciben el nombre de campos inferenciales, y su misión es ser la estructura vertebradora de prácticamente todas las relaciones entre los seres vivos en las cuales tienen lugar o bien algún intercambio de información, o bien la generación de nueva información. Y la tarea fundamental de la filosofía, para este autor, no es otra que tratar de profundizar en ese conjunto de campos inferenciales para destilar las conclusiones a las que un sujeto está llegando en un determinado momento. Dicho en otras palabras: la filosofía tiene un cometido clarificador; su tarea es comprobar si los campos inferenciales que conectan a unos sujetos con otros están contruidos correctamente. Los campos inferenciales son importantes no solo porque son los que provocan la interacción comunicativa entre los sujetos, sino porque ellos son la condición de posibilidad de prácticamente todas las interacciones sociales. Y una de las interacciones sociales más importantes, que a ojos de nuestro autor sería imposible que tuviese lugar en ausencia de estos campos inferenciales es la ciencia. Esto es así porque para el autor una de las actividades principales que los investigadores llevan a cabo cuando hacen ciencia es la de deliberación y argumentación, cuyo objetivo es lograr un consenso mayoritario con respecto a una determinada serie de cuestiones; esto parece implicar a todas luces que dicha actividad es imposible sin la presencia del acto de sacar consecuencias.

En el tercer capítulo, posiblemente el más ambicioso de todo el libro y titulado “Desinflando la metafísica: Verdad, realidad, existencia”, el profesor Zamora Bonilla se sumerge en el pantano metafísico para tratar de arrojar luz sobre algunas de las incógnitas más acuciantes dentro de este terreno. Con respecto al problema de la verdad, el autor se decanta por una

teoría deflacionista, según la cual lo que importa no es tanto el tratar de desvelar o de desocultar la esencia íntima del fenómeno de la verdad, sino que aquello en lo que la filosofía debe enfocar sus esfuerzos es algo mucho más modesto: la tarea de la filosofía es esclarecer qué es lo que estamos queriendo decir cuando afirmamos que algo es verdadero o que es falso. Para nuestro autor, dichos predicados son imprescindibles en el acto comunicativo, puesto que mediante ellos, entre otras cosas, se pueden afirmar o negar oraciones sin necesidad de explicitar el contenido de las mismas. Si no dispusiésemos de los predicados “verdadero” y “falso” la comunicación se volvería sumamente aparatosa. Además de esto, el predicado “ser verdadero” tiene conexiones directas con el problema de la existencia, puesto que de cierta manera cuando decimos que cierto enunciado es verdadero o falso, lo que estamos diciendo es algo similar a que la referencia de dicho enunciado existe o no existe. Y al igual que se decanta por sostener una teoría deflacionista de la verdad, lo mismo sucede para nuestro autor con la existencia. En lo que tenemos que centrarnos no es en tratar de realizar una apertura fenomenológica al ser, ni tratar de realizar una investigación ontológica que nos desvele la esencia última de todo lo que hay, sino que el proyecto a través del cual puede guiarnos la filosofía es mucho más humilde: lo que la filosofía puede ayudarnos a desvelar —al igual que con respecto a la verdad— es qué estamos queriendo decir cuando utilizamos términos como realidad, existencia o ser. Y los individuos, al utilizar ese tipo de expresiones, lo que están haciendo es comprometerse de manera implícita con una serie de teorías en las cuales están integradas las entidades con la que dichos sujetos se comprometen ontológicamente. La existencia, en este libro, es una cuestión que se resuelve en términos de compromiso.

En el capítulo cuarto el profesor Zamora se propone abordar dos de los grandes debates dentro de la filosofía de la mente: el problema mente cuerpo y el problema de la libertad individual. Con respecto al primero, nuestro autor se posiciona del lado de la corriente materialista. Aquello a lo que nos referimos cuando usamos enunciados que contienen expresiones de la psicología popular —como deseo, creencia, experiencia perceptiva— es a hechos puramente fisiológicos, a estados del sistema nervioso. No hay tal cosa como un nivel superior a los hechos físicos en el que se encuentren las propiedades mentales, con un estatuto ontológico propio que no se puede reducir a estados neuronales. Lo que sucede es que los mismos hechos se describen de formas distintas, usando vocabulario físico en algunos casos y vocabulario mental en otros casos. Por tanto, la forma correcta de abordar el problema mente cuerpo es mediante el análisis de los usos lingüísticos

que tienen lugar al referirse a este tipo de hechos. Con respecto al problema de la libertad individual, este autor adopta lo que podríamos denominar una postura biologicista. El que uno crea que está abierto a un abanico de múltiples cursos de acción posibles —lo que vendría a ser una caracterización a grandes rasgos de la libertad individual— en un momento determinado no es más que una estrategia generada evolutivamente, y en realidad no tiene que ver con el hecho de si tales cursos de acción son alternativas reales o no. Y, para este autor, la piedra de toque a partir de la cual se explica el problema de la libertad individual es el fenómeno del arrepentimiento. El arrepentimiento es un recurso evolutivo mediante el cual los individuos realizan una valoración emocional de actos que ya han sucedido. Este fenómeno permite a los sujetos tomar conciencia de que determinados cursos de acción pasados han resultado perjudiciales para su desarrollo, y de esta forma posibilita que dichos sujetos se lo piensen dos veces antes de volver a llevar a cabo esas acciones. La evolución de esta primitiva capacidad, para este autor, desemboca en una suerte de ilusión de libertad, de una apertura permanente a múltiples formas alternativas de actuación.

En el quinto y sexto capítulo, nuestro autor pasa a introducirse en reflexiones que comparten lazos con la sociología, la religión o la política. Con respecto al debate acerca de lo divino nuestro autor opina que los argumentos teológicos, aquellos con los cuales debe lidiar el ateo son argumentos basados, en muchas ocasiones, en presupuestos erróneos y confusos. La mayoría de las veces, los argumentos religiosos se invocan para tratar de dar respuesta a preguntas para las que todavía no existe una respuesta clara. Y esto sucede porque los seres humanos, al ser sujetos permanentemente atravesados por los campos inferenciales somos seres caracterizados por una necesidad de coherencia, mediante la cual nunca dejamos de buscar razones suficientes y causas últimas a todas aquellas preguntas con las que nos encontramos en nuestro proceso de sacar consecuencias. De esta forma, para tratar de responder a todas aquellas preguntas que aparentemente no son susceptibles de ser respondidas mediante las ciencias empíricas, tenemos la tendencia de pedir ayuda a la religión. Esa necesidad de coherencia mediante la cual los humanos tratamos de buscar fundamento a todo permea a otras disciplinas, y uno de los casos arquetípicos es la moral. Para nuestro autor, los intentos de fundamentar la moral en principios racionales están basados en una serie de malentendidos y de mitos. Lo único que podemos hacer es reflexionar acerca de si nuestros sistemas de valores poseen coherencia interna, si el actuar siguiendo dichos sistemas de valores nos llevarán a situaciones que esos sistemas de valores consideran beneficiosas.

Para finalizar, la última reflexión de este libro está dedicada a los fenómenos sociales, en concreto a los fenómenos políticos. Lo que nuestro autor nos dice a este respecto es que la filosofía no nos puede decir mucho acerca de cuál es el sistema óptimo de organización social y política. Lo único que puede hacer es someter a juicio los campos inferenciales de las diversas colectividades sociales para alejarnos de los pensamientos utópicos y de la búsqueda de fundamentos últimos que garanticen el sistema social óptimo. Se trata de generar argumentos que tengan el mayor grado de consenso posible tomando como puntos de partida la libertad individual y la autonomía de los individuos que conforman estos colectivos sociales. Por tanto, lo que debemos concluir de este intento de acercamiento de la filosofía a la sociedad es que ni existen fundamentos primeros ni conclusiones últimas. Lo único que podemos saber con seguridad es que la actividad humana es un continuo e ininterrumpido proceso de sacar consecuencias.

Adrián Requejo Doval